

# PUEBLO NUEVO<sup>1</sup>

César Ricaurte Pérez

**Hace** unos años, en una historia del rock ecuatoriano que editó el Municipio de Quito, planteaba que en nuestro país no se podía hablar de “una historia” sino de una serie de fragmentos, retazos, con mayor o menor relación entre sí, pero que en cualquier caso, no se veía un *continuum* que permitiera adivinar la construcción de una historia. El hecho es que nuestra música popular contemporánea (como casi todas las actividades del Ecuador “moderno”) se construye bajo el principio de eterno retorno. En él, cada paso no es más que un nuevo empezar, sin tomar en cuenta lo hecho anteriormente. Con la fragilidad que da la falta de memoria y tradición, los numerosos intentos no perseveran y se diluyen en poco tiempo.

Toda esta larga introducción, no es más que situar el contexto de lo que me parece el valor más importante que ha aportado *Pueblo Nuevo* en más de dos décadas de presencia en la música popular contemporánea del país: el de la perseverancia, la constancia y la continuidad de su trabajo. De tal forma que rastreando su historia se puede reconstruir una parte muy valiosa de una posible historia de nuestra música en la última parte del siglo XX. Con esa presencia, *Pueblo Nuevo* ha marcado la memoria colectiva de varias generaciones, incluida la mía por supuesto, a la cual se la llamó en su momento la Generación X (como decir la generación nada) o si prefieren, la Generación Perdida, motes sociológicos que ocultan el hecho de que en realidad son millones de seres humanos de varias generaciones cuyas vidas han sido desperdiciadas por un proyecto histórico perverso.

Los conocí con el canto que todos cantábamos agitando banderitas, en la guerra con el Perú de principios de los 80. “Paquisha” y “A mi lindo Ecuador” fueron los “superéxitos” de Pueblo Nuevo en esos años. Superado el tropezón de la fama y el reconocimiento patrióticos, el grupo siguió creciendo. Fueron sin duda quienes más impulsaron la ola de popularidad que tuvo la música popular latinoamericana en la década de los 80, con festivales y conciertos que hoy tienen una dimensión casi de leyenda. Me acuerdo de temas que crecieron a mi lado, en los discos que compraba mi madre: “La cajita de música”, “Tienes que volar paloma” y “Atajitos de caña”, que durante mucho tiempo eran además los himnos infaltables en toda reunión de amigos donde existiera una guitarra disponible.

Si bien luego el movimiento declinó, *Pueblo Nuevo* fue buscando puertas para reinventarse, algunas —a mi juicio— poco afortunadas, pero que sin duda expresaban búsquedas artísticas y personales sinceras. De esta forma, *Pueblo Nuevo* pasó de ser un grupo folclórico que seguía rigurosamente los cánones establecidos por los primeros Inti Illimani y especialmente Quilapayún, de Chile, a una orquesta con una serie de cambios en el instrumental que ahora incluía la



incorporación de vientos de metal, de una compleja sección de percusión, de cuerdas y otras innovaciones que estuvieron en consonancia con el nuevo proyecto en el que estuvieron embarcados.

Y en medio de la búsqueda, *Pueblo Nuevo* ha dejado atrás la adolescencia, aunque no podría decir que hayan perdido del todo la inocencia. Lo cual, en los asfixiantes tiempos que corren, se agradece. En la serie de conciertos realizados para celebrar sus 20 años, ocasión propicia para hacer una retrospectiva de su trabajo, *Pueblo Nuevo* dio muestras de haber alcanzado la renovación de la que hablábamos, y sin renegar de su propia historia. Se agradece. El grupo tiene ahora una buena cantidad de recursos artísticos y —lo más importante—, la sabiduría para utilizarlos con equilibrio y oportunidad. Eso se traduce en un sonido depurado cercano a la exquisitez, con la cual la música popular se ha matrimoniado felizmente en muchas ocasiones.

No sé cual será con certeza el secreto para la longevidad de *Pueblo Nuevo*, en un territorio en el que han florecido proyectos musicales, unos brillantes y otros no tanto, pero que invariablemente mueren a los pocos meses. Sin duda, esta es una guerra en la cual la fuerza de voluntad y la fe en su propio proyecto son las únicas armas. Aventuro que en la permanencia de *Pueblo Nuevo* hay un elemento adicional, extraño en un grupo numeroso de artistas: la sintonía personal que veo en sus miembros. Sin dejar de tener proyectos individuales, sin dejar de tener sus propios intereses, es como si todos tuvieran un espacio común de encuentro que se llama *Pueblo Nuevo*, en el cual confluyen con un mismo estado del espíritu. Como esos viejos amigos que han recorrido todos los puertos para encontrarse en un mismo punto del camino, sólo para retomar la partida de ajedrez en el exacto punto donde la dejaron. Y eso también me sucede con *Pueblo Nuevo*, punto de referencia al hablar de la música que acompañó y sigue acompañando a mi generación, en horas de claroscuro. ☐

El grupo Pueblo Nuevo se fundó en la Facultad de Medicina de la Universidad Central del Ecuador en 1975. Ha realizado alrededor de 2.500 conciertos en toda la latitud ecuatoriana, visitado la mayoría de países latinoamericanos y cumplido varias giras por países europeos. Ha grabado varios discos en distintos formatos, y compartido escenarios con los más destacados cantores latinoamericanos. Su trabajo luego de 32 años de camino, sintetiza una fusión instrumental entre lo andino, metales, cuerdas, percusión y electrónica que acompañan a sus voces emblemáticas. Actualmente está conformado por: Miguel Mora, Galo Mora, Alberto Guerrero, Ernesto Guerrero, Ricardo Sempértegui, Leonardo Cárdenas, Lenin Palacios, Jamil Erazo, Francisco López, Luis Freire, Ángel Lima y Carlos Pizarro.

<sup>1</sup> Una primera versión de este artículo apareció en el libro *Seremos el Pueblo Nuevo*, Quito, 2001.

César Ricaurte. Periodista y escritor ecuatoriano. Licenciado por la Facultad de Comunicación Social en la Universidad Central, Diplomado Superior en Comunicación en la Universidad Andina Simón Bolívar. Columnista de televisión y medios en diario El Universo de Guayaquil.